

—No me explico, señora, qué puedo yo hacer para evitarlo...—contestó el ministro.

—Muchísimo. La mayor admiración de mi marido ha sido usted siempre. Para él no hay más santo que San Indalecio, ni más político..., ni más orador... En fin, que se pasa la vida hablando de usted. El día que le hicieron a usted ministro... cogió una borrachera...; claro, la alegría... El dice que por usted sería capaz de todo... Por eso yo quisiera que usted le pusiera una carta ordenándole que se quitara de la bebida... Sólo usted en España puede hacer ese milagro...

Otro día se recibió una instancia, por medio de la que una señorita, de profesión artista de "varietés" y natural de Bilbao, manifestaba que, deseando su futuro y ella contraer matrimonio en Madrid y no teniendo amigos en la capital de la República, solicitaban de su ilustre paisano, el ministro, les concediese el honor de apadrinar su boda. En pago de esta gracia los contrayentes organizarían "varietés" a beneficio de los obreros parados.

Otro día—éste es un caso frecuente—, llamó una señora por teléfono:

—¿Quién está al aparato?

—El secretario particular del ministro.

—Pues póngame con don Indalecio.

—Diga primero lo que desea y veremos si es posible.

—Pues mire... Yo me llamo Fulana de Tal, y vivo en tal calle, número tantos. Usted sabe que está mandado que los ascensores de las casas funcionen toda la noche. Bien. Pues aquí tenemos un portero que dice que está malo, se acuesta a las ocho..., no es chiste, ¿eh?, y nos deja sin ascensor... Es un abuso, porque digo yo que si está malo, pues que lo lleven a un hospital..., porque vamos...

El secretario interrumpe el discurso...

—Todo eso está muy bien, señora, pero no es asunto que dependa de este Ministerio, y menos del ministro...

—Anda..., si ya lo sé. Lo que pasa es que como yo tengo oído que don Indalecio es tan campechante, pues me dije..., digo..., yo le llamo y seguro que lo arregla.

Prieto despierta unas admiraciones fantásti-



Don Marcelino Domingo es uno de los ministros a quien se dirige más gente. Y esto tiene terribles consecuencias para su secretario, don Víctor Vila...

cas, y como consecuencia, su secretario contesta a más de ciento cincuenta cartas todos los días.

DON MARCELINO DOMINGO ES UNO DE LOS MÁS FAVORECIDOS POR EL PÚBLICO

Lo mismo cuando desempeñaba la cartera de Instrucción que ahora, en Agricultura, don Marcelino ha sido siempre de los ministros más "favorecidos" por el público. Sus secretarios, señores Vila y Sayagués, me cuentan que se ven precisados a contestar a más de ciento cincuenta cartas todos los días y a recibir gran cantidad de visitas.

—La mayoría de las cartas—dicen—son de peticiones que no tienen interés. Hay algunas en

las que se tutea al ministro, recordándole que una vez, hace años, estuvieron juntos. Uno de éstos, llegó aquí un día con una foto de un mitin, en el que tomó parte don Marcelino hace ya muchos años.

—¿Ve usted esa cabeza que asoma por ahí?—decía el visitante señalando un punto entre la enorme masa de público—. Bueno, pues ése soy yo. Sólo que entonces gastaba bigote; por eso no se me conoce bien. Después de ese mitin me presentaron a don Marcelino, que estuvo muy cariñoso. Déjeme usted pasar a su despacho y ya verá como en cuanto me vea se acuerda.

LOS PARIENTES Y LOS DE LA TELEPATÍA

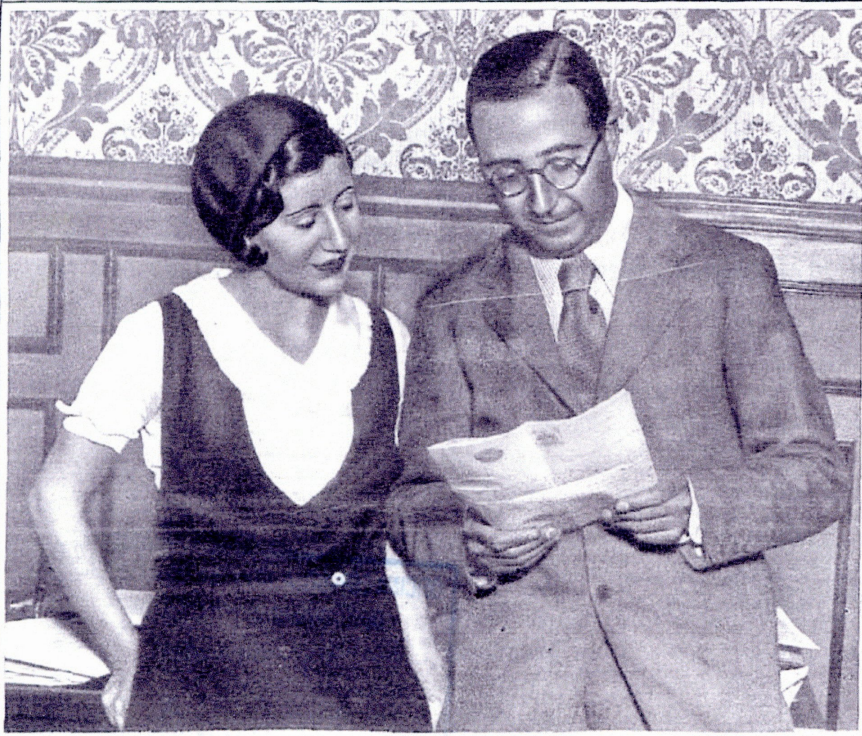
Mientras hace un recuento de las cartas que ha de poner a la firma, me dice Sayagués:

—Aquí, lo que más abundan son las cartas pidiendo empleos, como en todos los Ministerios. Hay algunos también que piden altos cargos... Raro es el día que no llegan también cartas de parientes desconocidos. Casi todos se expresan igual..., poco más o menos. "... Marcelinito, hijo... Tú ya no te acordarás de nosotros... ¡Claro! ¡Eras tan pequeño! ¡Quién iba a pensar que llegarías tan alto! Ya sabes que nosotros siempre dijimos a tu padre que eras muy listo. Hemos sufrido mucho al saber que te perseguía la Policía..., que te metían en la cárcel, y si no te escribíamos entonces fué materialmente por falta de tiempo. Hoy lo hacemos con más tranquilidad, y sentimos no poder darte buenas noticias nuestras, porque estamos bastante mal" (aquí una larga lista de peripecias económicas..., y terminan). "Tú, que ahora lo puedes todo, nos darás un empleo en Madrid para tu tío y a ver, si a tus primos los metes también ahí, en el Ministerio, si no puede ser otra cosa..." Así suelen expresarse los parientes nuevos que le salen a don Marcelino Domingo. No faltan otros que, como saben que el ministro es soltero y vive en una pensión, se ofrecen a trasladarse a Madrid "sólo para cuidarle".

—¿Te acuerdas—interrumpe Vila—del hombre que vino a decir que le robaban por telepatía sus inventos?

—¿Cómo es eso?

—Pues nada: un individuo que, después de diez cartas, se presentó aquí a quejarse de una cosa horrible. El, según nos dijo, es inventor. Pero no hace más que inventar un aparato, y cuando se dispone a patentarlo se encuentra con que ya se ha inventado otro exactamente igual. "Hace días—decía el hombre—inventé, por fin, una apiso-



Don Angel Segovia, secretario del señor Albornoz, muestra a nuestra colaboradora Josefina Carabias una de las pintorescas instancias que dirigen al ministro las señoras desventuradas...